



D.ª MAGDALENA DE ULLOA
SEÑORA DE VILLAGARCÍA

(El cuadro original existe en la Iglesia de San Isidoro de Oviedo, fundación de la dicha señora.)

LIBRO TERCERO

UNIVERSIDAD DE COahuila
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AGDA 3625 MONTERREY, MEXICO



I

PARECÍA aquello, por lo estrecho y desamparado, una prisión: por lo escaso y extraño del mueblaje, con nada podía compararse, y por su forma triangular, lo macizo de sus muros y los restos que en ellos se veían de tapices arrancados, lujosas cornisas doradas y ricos artesonados de talla en el techo, parecía y éralo en efecto, el rincón de una suntuosa cámara que por comodidad o por capricho hubiérase aislado con un tabique. En el centro de este tabique divisorio, levantábase un altar severísimo de oscuras maderas, sin más imágenes ni adornos que un gran Cristo de tamaño natural, cuyos lívidos miembros se destacaban con imponente realismo sobre el sombrío fondo: caíale sobre el pecho la moribunda cabeza, y su mirada agonizante iba a fijarse en el que se postraba a sus pies, con expresión dulcísima de dolor y misericordia. En el rincón opuesto había una de esas arcas talladas del siglo XV, tan preciadas hoy y de escaso valor entonces: hallábase abierta y veíanse en su fondo muchos y terribles instrumentos de penitencia y algunos libros de rezo: apoyado en la pared había un ban-

quillo de tijera cerrado, único asiento y único mueble que se veía en aquella singular estancia. Alumbrábala una gran lámpara de plata que ardía ante el altar, y a su reflejo dibujábanse vagamente los contornos de una extraña figura que se removía en el suelo, sobre las heladas baldosas, dejando escapar palabras entrecortadas y hondos gemidos.

Poco a poco comenzó a filtrarse la luz del alba por un estrecho ajimez abierto en uno de los muros, y entonces quedó perfectamente visible el solitario personaje: era un anciano de pronunciada nariz aguilena, blanca barba que le caía sobre el pecho, y de tal manera enjuto y decrepito, que hubiérase podido decir de él lo que por aquel entonces decía Santa Teresa de San Pedro Alcántara: que parecía hecho de raíces de árboles. Envolvía una gran capa negra, y por debajo de ésta veíase una especie de hopalanda blanca. Hallábase postrado ante el altar, sobre las frías baldosas, y retorciase allí cual débil gusanillo, apoyando unas veces en el suelo la calva frente, alzando otras hacia el Cristo los enjutos brazos con ímpetus de amor y de angustia, como niño atribulado que implora el auxilio de su padre; veíase entonces en la mano derecha un grueso anillo de oro con gran sello, que subía y bajaba siguiendo los movimientos del dedo, como si estuviese ensartado en un enjuto sarmiento.

Era ya día claro cuando el anciano abandonó al fin su humilde actitud y arregló un poco el desorden de su traje, que no era otro sino un hábito de religioso dominico, cuyos anchos pliegues hacían aparecer aún más elevada su alta estatura. Dirigióse con paso firme a una puertecilla que había en el tabique, casi oculta detrás del altar, y pasó por ella a la pieza contigua. Era ésta un suntuoso oratorio ochavado cuyo altar correspondía tan exactamente al del zaquizamí donde oraba el viejo, que el rico sagrario de plata que

encerraba el Santísimo Sacramento en el altar de fuera, caía en el de dentro a los pies del devoto Cristo. Una sola imagen, verdadera maravilla, del arte, había en este suntuoso altar del oratorio: la famosa Madonna de Fra Angélico, conocida con el nombre de *salus infirmorum*. Al lado del Evangelio levantábase un rico dosel de paño de oro con cojines y reclinatorio de lo mismo; y alineados frente al altar había otros cuatro reclinatorios de brocado, en los cuales oraban cuatro Prelados con blancos roquetes vestidos sobre las sotanas violáceas y estolas bordadas al cuello. Sobre la mesa del altar, espléndidamente iluminado, veíanse dispuestos todos los ornamentos necesarios para celebrar el santo Sacrificio de la Misa.

Al entrar el viejo en el oratorio, levantáronse los cuatro Prelados al mismo tiempo, inclinándose ante él profundamente: porque aquel anciano que momentos antes gemía como débil niño y se retorció en el suelo como ruin gusanillo ante la imagen de Cristo, era nada menos que el Vicario de éste en la tierra: llamábase entonces en la cronología de los Pontífices romanos, Pío Papa V, y llámase hoy en el catálogo de los Santos, San Pío V.

Arrodillóse el Papa bajo el dosel y hundió la arrugada frente entre las enjutas manos por largo espacio de tiempo: luego, a una señal suya, acercáronse los cuatro Prelados y comenzaron a revestirle los sagrados ornamentos para celebrar el santo Sacrificio de la Misa. Celebrólo el Papa con solemne pausa y devoción íntima y profunda, aunque nada revelaba al exterior las hondas emociones que pudiera sentir su alma. Mas al llegar al Evangelio de San Juan, sucedió una cosa extraña: comenzó a leerlo pausadamente, deteniéndose y marcando todas las palabras, como quien comprende y saborea su significación profunda, y de repente, con el rostro transfigurado, y extraño y repentino

temblor de todo el cuerpo y voz que no era la suya propia, pronunció aquellas palabras: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes!*... (1). Detúvose un momento: volvió el rostro hacia la Virgen con la mirada perdida en el vacío como anegada en visiones celestiales, y repitió en tono de pregunta, humilde, sumiso, cariñoso, como de niño dócil que interroga a su madre: *¿Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes?*... Y con su voz propia ya, firme, resuelta, decidida, repitió por tercera vez: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes!*...

Desde aquel momento pareció como si quitasen de encima al Santo Pontífice un peso enorme que le agobiara. Habíase ya estipulado la Liga Santa contra el turco, entre la Santa Sede, la Señoría de Venecia y el Rey de España, gracias a los esfuerzos, la energía, la heroica paciencia y las fervientes oraciones de aquel débil anciano. Subían las fuerzas aprontadas por las tres potencias unidas a 200 galeras, 100 naves, 50.000 infantes, 4.000 caballos y 500 artilleros con aparatos y municiones. Calculábase el gasto de todo aquel ejército en 600.000 escudos mensuales, de los cuales pagaba la mitad España, dos sextas partes Venecia y la otra sexta parte la Santa Sede. Había el Papa nombrado General de su flota a Marco Antonio Colonna, Duque de Paliano y Gran condestable de Nápoles: Venecia puso al frente de la suya al anciano Sebastián Veniero, y el Rey de España nombró General de todas las fuerzas de mar y tierra que aprontaba a su hermano D. Juan de Austria, que acababa a la sazón la guerra contra los moriscos.

Promulgó el Papa en persona los artículos de la Liga Santa en el altar de San Pedro. Invadió el pueblo romano la inmensa Basilica, y San Pío V, de pie ante el altar y ro-

(1) Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.

deado de los Cardenales y Embajadores extranjeros, leyó él mismo, con profunda emoción, el texto del documento. Entonó luego el *Te Deum* y contestáronle treinta mil voces a un tiempo, salidas de treinta mil corazones que se abrían a la fe y a la esperanza: porque los horrores cometidos por los turcos en la toma de Nikosia, y el peligro que a la sazón corría Famagusta amenazada y toda la isla de Chipre, hacían temer a la Europa entera que realizase Selim, si no se le iba a la mano, el plan que habían trazado Mahomet II y Solimán el Magnífico de apodorsarse de Italia y destruir en ella el cristianismo.

Quedaba sin embargo por hacer todavía una cosa de esencial trascendencia, y esto era lo que traía agobiado al Santo Pontífice por aquellos días en que le vimos orar y gemir en el solitario rincón que se había fabricado él mismo detrás de su oratorio, para ocultar a los hombres sus conversaciones con el cielo. Tratábase de nombrar a la armada de la Liga un Generalísimo que supiese ser alma de tan gran empresa, y hábil regulador de aquella difícil y complicada máquina en que toda la cristiandad tenía puestos los ojos y cifradas las esperanzas.

No se avenían en esto los aliados, y como con harta frecuencia acontece en política, sobreponíanse los intereses personales y las vanidades heridas al noble y santo fin que anhelaba el Pontífice. Proponía éste a su General Marco Antonio Colonna: querían los españoles al suyo, D. Juan de Austria; y los venecianos, sin osar proponer a su General Sebastián Veniero, desechaban a Colonna por fracasado en la primera Liga; desechaban también a D. Juan de Austria por la impericia que suponían en sus veinticuatro años, y proponían al Duque de Saboya Manuel Filiberto, o al Duque de Anjou, que fué luego Enrique III de Francia, y no había dado aún las muestras que dió más tarde de su

ineptitud y de sus vicios. Hacían fuerza en el ánimo del Pontífice los argumentos contra la edad juvenil de D. Juan, e inclinábase al Duque de Anjou por si acaso podía su nombramiento conquistar el apoyo que ya le había negado su hermano el rey de Francia. Pasábase sin embargo el tiempo en dudas y vacilaciones, propuestas y repulsas, hasta que decidieron al fin los aliados dejar el nombramiento al arbitrio absoluto del Santo Pontífice, sin que por eso renunciase ninguno a poner cuantos medios estaban a su alcance para inclinar en favor suyo el ánimo del augusto anciano.

Estaba sin embargo la santa diplomacia de éste muy por encima de las cábalas humanas para que pudiese la intriga torcer sus rectos fines: acudió, pues, San Pío V a la oración y a la penitencia por tres días consecutivos, como era su humilde costumbre en las circunstancias difíciles, y al cuarto, que fué en el que le presentamos diciendo Misa ante la Madonna de Fra Angélico, convocó por la mañana a los Cardenales Granvela y Pacheco y a D. Juan de Zúñiga, delegados del rey de España, y a Miguel Suriano y Juan Sureno, Embajadores de Venecia, y declaróles terminantemente y sin rodeos y en contra de su anterior dictamen, que nombraba Generalísimo de la Liga Santa al Sr. D. Juan de Austria.

Torcieron el gesto los venecianos: mas el sagaz Granvela atajóles el único argumento que podían poner en contra diciendo él mismo:

—Santísimo Padre... ¿A pesar de sus veinticuatro años?...

A lo cual respondió San Pío V con gran firmeza:

—A pesar de sus veinticuatro años.

Diéronse entonces por vencidos los venecianos: mas todavía pusieron por condición que el Generalísimo debería consultar en los casos de importancia a sus dos colegas y

desde aquel momento subordinados Marco Antonio Colonna y Sebastián Veniero.

Accedió el Pontífice encogiéndose de hombros como si diese al hecho poca importancia, y firmó al otro día el nombramiento de D. Juan que le presentaba el Cardenal Granvela, repitiendo con la profunda seguridad que dan a las almas santas las luces del cielo.

—*Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes...*





II

ESCRIBIÓ al punto San Pío V un Breve a D. Juan de Austria notificándole su nombramiento, dándole prisa para trasladarse a Italia y ordenar la flota, y diciéndole que desde aquel momento le miraba como a hijo; que como padre cuidaría de su acrecentamiento, *y le reservaba desde luego el primer reino que se conquistara al turco; que no desechara un momento de la memoria la gran empresa que tomaba a su cargo, y que contase con el triunfo, porque en nombre de Dios él se lo prometía.*

Envió el Papa este Breve a D. Juan de Austria con el Cardenal Alejandrino, su Legado *a latere* cerca de Felipe II, y portador al mismo tiempo de graves misiones para los reyes de Portugal y de Francia. Era el Cardenal Alejandrino Miguel Bonelli sobrino de San Pío V y muy mozo aún: mas de tal sagacidad, prudencia y tino en el manejo de los negocios, que poseía toda la confianza del Pontífice y habíale nombrado éste su Secretario de Estado. Quiso sin embargo el Papa autorizar la juventud de Alejandrino en aquella Embajada con las canas y autoridad de los que

le acompañasen, y envió en su comitiva a Hipólito Aldobrandini, que fué luego Clemente VIII, y a Alejandro Rierio, Mateo Contarelli y Francisco Tarugi, poco después Cardenales. Desembarcó en Barcelona toda aquella lucida y docta comitiva y allí encontraron esperándoles al Nuncio Juan Bautista Castagna, que fué luego Papa con el nombre de Urbano VII, y al general de los Dominicos Vicente Giustiniani. Esperaba también al Legado en nombre del Rey D. Hernando de Borja, hermano del Duque de Gandía, y en nombre de D. Juan de Austria su caballero mayor don Luis de Córdoba.

Mas sucedió que mientras desembarcaba en Barcelona el Legado de San Pío V, llegaron a España por diversos conductos las desoladoras noticias de la rendición de Famagusta, la muerte atroz de Marco Antonio Bragadino y las horrendas traiciones llevadas a cabo por Mustafá con aquellos heroicos vencidos. Sesenta y cinco días había hecho frente Famagusta al tremendo empuje de las 250 galeras que bloqueaban la isla y los 120.000 turcos con que apretaba Mustafá los muros de la infeliz ciudad, que sólo tenía para defenderse 4.000 soldados italianos, 200 albaneses, 800 caballos y unos 3.000 cipriotas entre aldeanos y pescadores. Hasta que destrozados al cabo y faltos de víveres, hizo el valiente Marco Antonio Bragadino, gobernador de la plaza, el recuento de las fuerzas que le quedaban, y encontróse tan solo con 1.700 soldados, 1.200 cipriotas entre enfermos o heridos, víveres para dos días, siete barriles de pólvora y 120 cargas de cañón.

Pensóse entonces en capitular, y acogió Mustafá benigne las primeras insinuaciones que de ello se le hicieron, colmando de elogios y de presentes a los oficiales que fueron a proponerle la capitulación. Pedían los sitiados que sus oficiales y gente de guerra fueran conducidos a la

isla de Candía con sus armas y bagajes.—Que los turcos suministrasen las galeras para el transporte de las tropas.—Que los habitantes de Famagusta conservasen sus bienes y se les permitiera el libre ejercicio de su religión.—Asintió a todo Mustafá y aun quiso que se llevasen los soldados cinco cañones y tres caballos escogidos, como testimonio de su heroica defensa. Firmáronse las capitulaciones por ambas partes, y acto continuo comenzaron a embarcarse los soldados cristianos en las galeras de los turcos.

Al día siguiente salió Bragadino de Famagusta para entregar las llaves a Mustafá, que le esperaba en su tienda. Iba en un magnífico caballo, precedido de trompetas, con armadura de gala, sobreveste de púrpura y un quitasol de escarlata que sostenía un escudero sobre su cabeza. Seguíanle los principales jefes y caballeros hasta sumar unos veinte. Recibióles Mustafá en su tienda con mucha cortesía: hizo sentar a Bragadino a su lado, en el mismo diván, y hablóle largo rato de los incidentes del sitio. Mas de repente arrojó la máscara y descubrió su negra perfidia: comenzó reprochando al General veneciano haber dado muerte a varios prisioneros turcos en tiempo de tregua, y con grosera altanería y vehemencia preguntóle luego:

—¿Y qué garantías me das tú, cristiano, para seguridad de los barcos que llevan tus gentes a Candía?...

Indignó a Bragadino esta pregunta que era un ultraje hecho a la lealtad de Venecia, y contestó que aquella injuriosa sospecha debió de manifestarse antes de firmar las capitulaciones. Levantóse entonces Mustafá enfurecido, y a una señal suya, que debió de estar de antemano convenida, lanzáronse sus guardias sobre Bragadino y sus compañeros y les cargaron de cadenas. Había ante la tienda de Mustafá una ancha explanada y en ella les fueron degollando uno a uno, con tal rabia y violencia que la sangre

salpicó más de una vez la sobreveste de púrpura de Bragadino: por tres veces hicieron arrodillar a éste sobre el tajo para cortarle la cabeza, y otras tantas le retiraron por el solo gusto de angustiar su ánimo, contentándose al fin por entonces con quebrarle los dientes, cortarle la nariz y las orejas y arrancarle las uñas.

Mientras tanto arrojábase la marinería turca sobre los soldados y oficiales cristianos embarcados ya en las galeas, quitábanles las armas y atábanles a los bancos para convertirlos en esclavos remeros. Por doce días abrumaron los feroces turcos al noble Bragadino a fuerza de tormentos. Azotábanle todas las mañanas atado a un árbol, y con dos cestas de tierra colgadas al cuello hacíanle trabajar en aquellos mismos baluartes que el ilustre General supo defender con tan heroico denuedo: cuando encontraba a Mustafá al paso, obligábanle los soldados a postrarse de rodillas y besar el suelo con sus labios mutilados.

Convirtió Mustafá en mezquita la Catedral de Famagusta, y para celebrar tan sacrilega ceremonia mandó traer a su presencia al mártir Bragadino. Hallábase Mustafá sentado en el altar mayor, sobre el ara misma, y condenóle desde allí a ser desollado vivo, gritándole con diabólica rabia:

—¿Dónde está tu Cristo?... Mírame sentado en su altar... ¿Por qué no me castiga?... ¿Por qué no te libra?...

Nada contestó Bragadino, y con la serena majestad del mártir púsose a rezar el *Miserere*. Comenzaron a desollarle por los pies, temerosos de que no pudiera soportar todo el suplicio vivo, y así sucedió en efecto: al llegar los verdugos a la cintura y mientras el heroico mártir pronunciaba aquellas palabras *cor mundum crea in me, Deus*, tuvo un estremecimiento horrible y se quedó muerto. Rellenaron la piel de heno y la izaron en la verga de una galera para que toda la chusma pudiera contemplarla.

Estas horribles noticias sembraron por todas partes la consternación y el espanto, y más principalmente en Italia y en España: porque el monstruo otomano, con las sangrientas garras clavadas aún en la destrozada Chipre, levantaba ya la cabeza y paseaba la mirada por toda Europa, buscando nueva presa en que saciar su furor y su codicia. Italia y España eran las más expuestas al nuevo embite de la fiera, con la cual ningún imperio de entonces podía luchar con ventaja solo, y por eso acogióse en ellos la Liga Santa con el entusiasmo y el ansia de quien encuentra manera de conjurar un peligro próximo; y por eso también la llegada del Cardenal Alejandrino consideróse en España como una embajada del cielo que viniera a conferir, para defender el reino, la espada invencible del Arcángel, al más amado de sus príncipes, que era D. Juan de Austria.

El viaje del Legado desde Barcelona a Madrid fué por lo tanto una verdadera y continua marcha triunfal, y su entrada en la corte uno de esos acontecimientos que hacen época en un pueblo. Hospedóse preventivamente la Embajada Pontificia en el convento de Atocha, mientras no se disponía su entrada oficial en la villa. Vino al otro día a visitar al Legado en nombre del Rey, el Príncipe Ruy Gómez de Silva, acompañado de todo lo grave y principal de la corte, con muchas galas y joyas, y dos horas después llegó con el mismo objeto D. Juan de Austria con los cuatro Archiduques Rodulfo, Ernesto, Alberto y Wenceslao, hermanos de la Reina D.^a Ana, cuarta mujer de Felipe II. Holgóse mucho el Legado de conocer a D. Juan, y conversó con él más de media hora, dándole siempre *alteza*: lo cual desagradó a Felipe II y fué causa de que avisase secretamente a todas las Cancillerías, que no diesen este tratamiento a su hermano, pues que él no se lo había concedido.

Fijóse para el día siguiente la solemne entrada del Le-

gado, y levantóse a este propósito junto al Hospital de Antón Martín y frente al postigo de este nombre, un gran cadalso que cogía todo lo ancho de la calle, con cinco extensas gradas para subir, cubierto todo ello de ricas alfombras. Aderezóse en medio del tablado un altar con los tapices y adornos más ricos que había en Palacio, y detrás una cámara muy suntuosa para descanso y desahogo del Legado, pues desde allí había de presenciar el desfile de toda la Clerecía, y Religiones de Madrid y su comarca, que vendrían a recibirle y darle la obediencia. A las dos salió don Juan de Austria de su casa en carroza y dirigióse al convento de Atocha para recoger al Legado y entrar en su compañía por el postigo de San Martín: acompañábalo toda su servidumbre alta y baja de gran gala y varios Grandes y caballeros de la corte que para más autorizarle le envió el Rey. Era D. Juan amadísimo del pueblo de Madrid, y recalentado entonces su entusiasmo con el nombramiento de Generalísimo, y las esperanzas que la cristiandad entera cifraba en el valeroso Príncipe, esperábale a su salida un gran concurso de gente que rodeó al punto su carroza y le acompañó hasta Atocha aclamándole y voceando. Subió el Legado en la carroza de D. Juan con manto cardenalicio, calada la capilla de éste y puesto encima el capelo, y de tal manera creció entonces el entusiasmo del pueblo y con tal fervor aclamaban a D. Juan, al Legado y al Papa, que no acostumbrado Alejandrino a semejantes entusiasmos, asustóse primero y lloraba después de júbilo, echando bendiciones sin cesar a diestro y siniestro, deseoso de demostrar su agradecimiento.

Subía ya la procesión por la calle de Atocha, cuando llegó Alejandrino al tablado y sentóse en el sitial de terciopelo que le tenían puesto al lado del Evangelio: rodeáronle muchos Monseñores, Prelados y caballeros de su casa y pú-

sose a su derecha, un poco hacia delante, un Protonotario Apostólico con el Guión Pontificio, que era de damasco blanco, con la tiara y las llaves por un lado y un Cristo en la cruz por otro. A derecha e izquierda del sitial y en las gradas del tablado, dábanle guardia, como a persona real, soldados de la Española y la Alemana. Comenzaron entonces a desfilar por delante del tablado las Cofradías con sus estandartes, los Religiosos con pendones, y las Parroquias con sus Cruces y Clerecía: traían muchas de éstas de los lugares vecinos sus danzas, ministriles y juegos de chirimías, y acompañaban a otras, Alcaldes, Regidores y Alguaciles, todos con varas altas. Hacían al pasar reverencia al altar primero, y luego al Legado, y contestaba éste dándoles la bendición.

Tan bien calculó el Rey el tiempo y la distancia, que en el momento en que salía la procesión por un lado de la plaza, entraba él por el otro en carroza, seguido de su guardia Española y Tudesca y de la de los cien Archeros nobles. Dirigióse el Rey al altar y salióle al encuentro el Legado quitándose el capelo y la capilla del manto; a lo cual correspondió D. Felipe haciéndole cortesía con el sombrero en la mano. Cruzáronse entre los dos cortesés y muy pulidas razones de bienvenida, y montando a caballo D. Felipe y D. Juan de Austria y el Legado en una hermosa mula con gualdrapa de terciopelo carmesí que le presentaba la Villa, dirigióse la comitiva a Santa María para cantar el *Te Deum* y promulgar la llegada del Legado.

Abrían la marcha doce trompetas y la recámara: dos caballos de respeto encubertados de terciopelo carmesí con franjas y guarniciones de oro, frenos y sillas de mucho valor con sus tellizes: la recámara de la familia, y oficiales, lacayos y pajes con sus balijas de terciopelo carmesí guardadas de oro. La casa del Legado y después de ella los

Alcaldes de Corte, muchos caballeros particulares y de las Ordenes, los gentileshombres de la boca y de la cámara y gran concurso de títulos y señores naturales y extranjeros. Seguían los caballerizos y Mayordomos del Rey, de la Reina, de la Princesa y de D. Juan de Austria, y entreverados con ellos en diferentes hileras, los caballeros seglares y Prelados eclesiásticos que habían venido con el Cardenal Alejandrino.

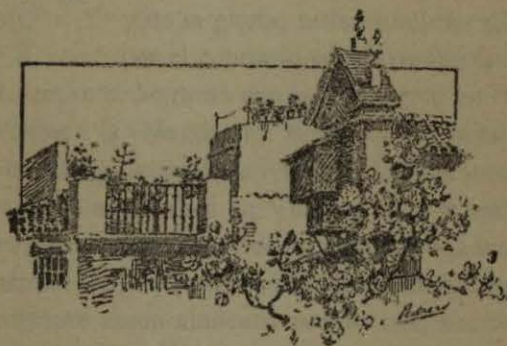
Abríase luego un corto espacio vacío, y en medio iba a caballo y vestido de morado un Protonotario con el Guión Pontificio: precedíanle dos lictores y seguíanle otros dos con la librea del Legado, llevando *los fasces* de los antiguos Cónsules romanos, concedidos a los Papas por el Emperador Constantino en señal de suprema reverencia. Escoltaban al Guión dos maceros de Alejandrino y cuatro del Rey con sus cotas y mazas coronadas y venían luego los Grandes en tan subido número, que pocas veces se habían reunido tantos de ellos en ninguna otra ceremonia.

Detrás venía D. Juan de Austria, y a unos veinte pasos el Rey dando la derecha al Legado: mas ya fuese casual o intencionadamente, sucedió que al entrar en la calle del León, vino a quedar D. Juan rezagado a la izquierda del Rey, y así prosiguieron su camino los tres en hilera departiendo amigablemente: lo cual era tan extraño y desacostumbrado en la rígida etiqueta observada siempre por D. Felipe, que se interpretó como honra pública que hacía el Rey al Generalísimo de la Liga Santa, y fué acogida y celebrada por el pueblo entero con grandes aplausos y recrudescimiento de vítores y entusiasmos.

En el pórtico de Santa María despidióse el Rey del Legado sin apearse: quitóle el sombrero con grande cortesía y el Legado correspondió desde su mula, quitándose a su vez la capilla y el capelo. Cantóse entonces en el histórico

templo el *Te Deum* y el *Regina coeli lactare*: dió Alejandrino la bendición desde el lado de la epístola, y un Protonotario anunció después al pueblo desde el centro del altar: *que el Ilustrísimo Señor Cardenal Alejandrino, sobrino del muy Santo Padre y Señor Pio V, venia a estos reinos de España por Legado a latere de Su Santidad, y concedía 200 años de perdón á los presentes.*

Dióse con esto por terminada la ceremonia, y D. Juan de Austria subió de nuevo a su carroza con el Legado y acompañóle al alojamiento que le tenían dispuesto, que era en las casas de D. Pedro de Mendoza, donde moraron después los Presidentes de Castilla.





III



UNA vez decidida y fijada la marcha de don Juan, pensó éste, lo primero, en despedirse de D.^a Magdalena de Ulloa. Ni los años, ni los naturales deslumbramientos del triunfo y de la gloria, ni las sombrías nieblas que por el contrario traen consigo la desilusión y el desencanto, lograron nunca amortiguar en D. Juan su tierno amor a D.^a Magdalena: allá en lo más hondo y noble de su corazón, junto a la fe religiosa que tan fecunda y pujante arraigó en su alma en Villagarcía, y la lealtad caballeresca, intransigente y robusta aprendida de Luis Quijada, y la caridad activa y práctica inculcada por la misma Ulloa, vivió siempre como cimiento casi de este, por decirlo así, alcazar y fortaleza de su grande alma, el cariño a D.^a Magdalena, a su *tía*, tierno, confiado, respetuoso, verdadero resto del Jeromín antiguo que pasó al D. Juan que llenaba el mundo con su fama, y vivió y floreció siempre en él como vive y florece eternamente en todo pecho leal la fragante flor del agradecimiento.

Hacia D. Juan verdadero alarde de su amor y gratitud a D.^a Magdalena de Ulloa y en cuantos monumentos de él

quedan brotan estos alardes tan espontáneos y naturales, como brota el manantial puro y cristalino por la primera rendija que le ofrece salida. Escribía D. Juan al Marqués de Sarriá poco después del triunfo de Lepanto: «De que a mi tía le aya cabido tanta parte de contentamiento como mostró de la buena nueva, soy yo bien cierto, pues an de ser comunes nuestras buenas fortunas, no habiendo hijo que más deva á su madre de lo que yo devo a ella». Y algún tiempo después escribíale también a Jacobo Boncompagni, hijo de Gregorio XIII, recomendándole por medio de Carlos Sanz un asunto de D.^a Magdalena. «Ninguna cosa me toca desear tanto por nadie como lo que dirá á V. S. Carlos Sanz por una señora a quien tengo por madre propiamente, pues fué quien me crió muchos años en su casa, y así pido a V. S. con mayores veras que podría encarecer tome por tan propia esta causa como en effeto lo es mia, pues lo es tanto como la que más pueda tocarme. Y así me haga gracia de decirlo a Su Sanctidad para que entienda la merced que me hará en lo que pido, y la que rescibiré de V. S. en procurarlo y avisarme con toda brevedad de la que me habrá hecho».

Escribió, pues, D. Juan a D.^a Magdalena noticiándole su nombramiento de Ceneralísimo y suplicándole al mismo tiempo señalase el lugar a que podría ir él para recibir su bendición y despedirse de ella. Proponíale, como otras veces había hecho, que saliese de Villagarcía, donde a la sazón se hallaba, al convento del Abrojo o al de la Espina, donde sin entrar en Valladolid, acudiría él a visitarla. Cosa extraña por cierto, y cuya causa desconocemos, la de que en ninguna de las varias visitas que hizo D. Juan a doña Magdalena, quisiera entrar en Valladolid ni detenerse en Villagarcía, si no se reuniesen ambos en uno de aquellos dos conventos.

El correo mismo que llevó la carta de D. Juan, trajo la respuesta de D.^a Magdalena: que ella vendría a Madrid para darle la bendición que pedía y el abrazo que deseaba, y otros mil abrazos y bendiciones que por cuenta suya propia deseaba darle. Mandó, pues, D. Juan muy regocijado, preparar las habitaciones que siempre tenía reservadas en su casa para D.^a Magdalena, que estaban, independientes y cómodas, en uno de los dos torreones que flanqueaban el palacio: era éste, como ya dijimos, el del Conde de Lemus, en la plazuela de Santiago, capaz y suntuoso, con dos pisos y dos torres en sus extremos, muy semejantes a la de Luján, que se conserva hoy en la plaza de la Villa.

No habían vuelto a verse D. Juan y D.^a Magdalena desde la muerte de Luis Quijada, y quedó aquél tristemente impresionado de la profunda alteración operada en ésta: porque no era ya D.^a Magdalena la hermosa y elegante dama de que tanto se enorgulleció el buen Luis Quijada en las fiestas y solemnidades de la corte. La muerte de éste libró a D.^a Magdalena de la obligación que como dócil esposa tenía de contemporizar con sus gustos, inocentes vanidades y exigencias del rango; y libre ya de todo respeto humano, habíase entregado de lleno a los santos impulsos de su virtud austera.

Existen dos retratos de D.^a Magdalena de Ulloa, que marcan perfectamente estas dos fases de su vida. Consérvase uno en la iglesia de San Luis de Villagarcía, y otro en la de San Isidoro de Oviedo, fundaciones ambas de la noble dama. Vésela en el primero en todo el esplendor de su juventud y su hermosura, que era extraordinaria: su traje es suntuoso, sus alhajas riquísimas, su actitud señorial y modesta al mismo tiempo: es la gran señora que oculta bajo sus terciopelos y encajes las austeras virtudes de la santa. En el segundo viste ya el severo traje de las viudas del

siglo XVI, en todo igual al de muchas religiosas de nuestros días: su hermosura aparece ya ajada por los años, las penitencias y las vigiliás: su monjil es de anascote basto, con ancha cotilla y menudos tableados en la cintura: no luce joya alguna, ni se ve nada blanco en su traje, como no sea la toca y el rostrillo que circunda su pálido rostro: su actitud es humilde, pero al mismo tiempo noble, señorial y hasta elegante; es la santa que no logra disfrazar del todo, bajo sus lutos y estameñas, el porte y la dignidad de la dama de alto rango.

Esta última D.^a Magdalena humilde y enlutada fué la que recibió D. Juan en sus brazos al apearse de su litera en el antiguo palacio de la plazuela de Santiago. Estrechóle la señora largo tiempo sobre su corazón sin decir palabra, y le hizo luego la señal de la cruz sobre la frente, como tenía costumbre de hacer en otro tiempo a Jeromín al levantarle y acostarle. Apoderóse D. Juan de aquella mano bienhechora y besóla repetidas veces, con gran enternecimiento de todos los presentes, que no eran solo los fieles servidores de Villagarcía que acompañaban a D.^a Magdalena, sino toda la servidumbre de D. Juan, que como a verdadera madre de éste salió a recibirla.

Sabía D.^a Magdalena que de algún tiempo atrás levantaba la envidia contra D. Juan mezquinas murmuraciones y habíaselo avisado a éste con verdadera solicitud y alarma de madre. En la respuesta de D. Juan a esta carta de doña Magdalena, única aquella que se conserva de tan interesante correspondencia, vése palpar aún la noble confianza en el pecho del mancebo y la absoluta seguridad en la justicia del Rey y la tranquilidad de su conciencia. Después de varias razones en que se nota esto, añade: «Dice Vmd. haciéndomela muy grande, que mire lo que hago por tener ahora todos puestos en mí los ojos, y que no sea tan galán

sino que antes evite todas las ocasiones de que podría ser dañado. De nuevo beso las manos de Vmd. por la que me hace, de lo cual le suplico que no se canse. A esto, señora, respondo con la pura verdad de que soi tan amigo; que doy a Nuestro Señor infinitas gracias, que desde que mi tío y padre (1) me faltó, he procurado siempre bivar como ausente de quien tanto bien me hacía, y así creo que no me he gobernado tan mal ni trabaxado tan poco, que considerado esto haya quien afirme lo contrario... Galas, aunque bien quisiera usarlas, el trabaxo de nueve meses de campaña no diera lugar a destruirme, quanto más, señora, que no todos los tiempos y condiciones son unas, antes veo que en gentes de razón y no brutas se mudan, juntamente con la edad; si otras hay en el mundo que para decir mal travan de que quiera, no me espanto, que de Dios dixeron y murmuraron, y como Vmd. me escribe que llega esto a tanto, que ni de mí ossa preguntar: de manera que, en cuanto a esta parte, los santos no viven seguros de las vexaciones de este mundo, en el qual procuraré de regirme lo más conforme al parecer de Vmd., que yo supiere, a quien suplico me guarde siempre un oído, porque a nadie quiero ni debo satisfacer tanto como a quien debo la crianza que en mí hizo y el estado que agora tengo, que esto reconoceré yo aun en la sepultura. Suplico a Vmd. perdone discurso tan largo, pues las invenciones deste siglo bastan a causar lo que el hombre menos pensaba, y que me haga saber si las de la señora Abadesa (2) llegan a tanto que inquieten mucho la justicia de Vmd.»

Herían estas murmuraciones a D.^a Magdalena más que si contra ella misma se dirigiesen, y su deseo de defender

(1) Luis Quijada.

(2) Alude a su hija D.^a Ana de Austria, a quien por estar destinada al claustro llamaba D.^a Magdalena la señora Abadesa.

a D. Juan y advertirle y aconsejarle fué la principal razón de su venida a la corte; pues parecíale todo esto más fácil viniendo ella a visitarle reposadamente, que esperando una visita suya de paso, que tendría que ser por necesidad presurosa y agitada. Tranquilizó D. Juan a D.^a Magdalena abriéndole su corazón por completo. Nacían, según él, aquellas murmuraciones del Marqués de los Vélez y del de Mondéjar, heridos ambos en su amor propio, y muy en especial el primero, por el triunfo de D. Juan sobre los moriscos, que ellos no habían podido dominar con más tiempo, más dinero y más medios de acción. Mas aquellas murmuraciones no habían hecho mella en el ánimo del Rey, pues, según D. Juan, mostrábasele éste amantísimo hermano, dábale muestras de confianza tan positivas como su nombramiento de General de la flota, y su solicitud paternal en consejos e instrucciones llegaba hasta el punto de haberle dado dos días antes un gran pliego corregido de su mano, en que le explicaba los tratamientos y fórmulas que había de usar en su correspondencia con toda clase de gentes, desde el Papa y los Reyes, hasta los más modestos Consejeros y Priors de las órdenes (1). Preguntóle entonces doña Magdalena si a los nombres de Mondéjar y los Vélez, no había que añadir otro no tan ilustre, pero ya en aquel tiempo más poderoso: Antonio Pérez.

Rechazó D. Juan la sospecha vivamente: Antonio Pérez había sido siempre uno de sus más entusiastas amigos. No insistió más D.^a Magdalena, porque hablaba más por inspirado instinto de su discreción que por pruebas seguras que tuviese. Atrevióse, sin embargo, a repetir sonriendo un proverbio italiano que aplicaba Luis Quijada a cada

(1) Vander-Hammen inserta íntegro este curioso documento, que prueba hasta dónde llegaba la minuciosidad de Felipe II.

paso a los melosos embustes y disimulos de la corte: *Qui non sa fingersi amico, non sa essere inimico*. Lo cual impresionó a D. Juan por salir de boca de D.^a Magdalena, aunque no tanto desgraciadamente como merecía aquel grito de alarma instintivo que fué sin duda inspiración del cielo. Hablóle luego D. Juan de otra persona, que era en aquel momento para él espina dolorosa que se le clavaba en el alma: de su madre Bárbara Blombergh. La frivolidad y vida poco decorosa de esta señora allá en Flandes, donde residía, comenzaba a disgustar al gran Duque de Alba, Gobernador de aquellos Estados: pensaban ya en tomar con ella alguna medida violenta, pues no atendía a prudentes razones, y la solución preferida por D. Juan era que la trajesen a España, saliese D.^a Magdalena a recibirla y se constituyese en su ángel de la guarda.

Contristada D.^a Magdalena al verle tan afligido, prometióle cuanto deseaba, y así lo cumplió en efecto, como más adelante veremos; y para distraerle entonces de aquellos pensamientos que tanto le amargaban, mostróle alegremente las ricas gorgueras y camisas finísimas que le traía de regalo: porque una de las ternezas de D.^a Magdalena para D. Juan de Austria, fué que jamás se puso éste ropa alguna blanca que no hubiese cosido con sus propias manos la noble dama. Trabajaba en ello de continuo y enviábale luego grandes paquetes cuidadosamente dispuestos, donde quiera que se encontrase.

Entraron a saludar a D. Juan los fieles servidores de D.^a Magdalena, que le habían conocido en Villagarcía pequeño. Venían el viejo Contador Luis de Valverde, los dos escuderos Juan Galarza y Diego Ruiz y la primera dueña de honor D.^a Petronila de Alderete: la otra dueña Alderete, D.^a Isabel, habíase quedado en Villagarcía al cuidado de D.^a Ana de Austria. Entró delante la dueña muy

turbada y púsose de rodillas ante D. Juan para besarle la mano: mas éste, entre conmovido y risueño y amigo siempre de donaires, levantó en vilo a la flaca vieja cual si fuese una pluma, estrechándola entre sus brazos, y al verse cruzar ella el espacio tan cerca de su niño Jeromín, atrevióse a posar al vuelo sus bigotudos labios sobre la tersa y noble frente del futuro vencedor de Lepanto... ¡Qué gozo para su alma aquel abrazo de su Jeromín querido!... ¡Y qué honra, qué gloria tan grande la de haber besado la frente de aquel Príncipe augusto a quien ella — ¡ella misma y no la otra Alderete! — había cosido y probado sus primeros greñescos!

Duróle la satisfacción a la buena vieja hasta el fin de sus días, y en su testamento hecho tres años después en Villagarcía, dejaba a D. Juan los ahorros de toda su vida, trescientos veintitrés ducados, para rescatar cautivos de Lepanto que dieran gloria al Sr. D. Juan y rogasen por su alma.



IV

SALIÓ D. Juan de Austria de Madrid para embarcarse en Barcelona, el miércoles 6 de Junio de 1571 a las tres de la tarde. Acompañábanle solamente su Caballerizo mayor D. Luis de Córdoba, D. Juan de Guzmán, gentilhombre, el Secretario Juan de Soto, el ayuda de cámara Jorge de Lima, un comprador, un cocinero, dos *D. Fuanellos* o mozos de pasatiempo, dos correos, un guía y tres criados que formaban un total de quince caballos. El resto de su acompañamiento y servidumbre habíalo dividido en dos grupos, uno que le precedía con su Mayordomo mayor el Conde de Priego al frente, y otro que le seguía presidido por el sumiller de corps D. Rodrigo de Benavides. Habíalo dispuesto así D. Juan para salir de la corte más desapercibido, y evitar las manifestaciones de amor y entusiasmo de los madrileños, que hartó conocía él no ser del agrado de determinados personajes. Fué, sin embargo, inútil su prudencia, porque advertido el pueblo de su marcha, comenzó a rondar desde por la mañana la plazuela de Santiago acechando la salida, y al llegar D. Juan a la puerta de Guada-